

HISTORIA, DIACRONÍA, DINAMICIDAD.
(PARA UN TEORÍA DE LA DINAMICIDAD EN EL LENGUAJE)

ANTONIO MANZANARES PASCUAL
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

El objeto de este artículo es llamar la atención sobre algunos conceptos saussurianos de los que se viene haciendo uso de forma acrítica e irreflexiva y que por lo mismo pueden entrañar ciertos peligros. Se postula a un tiempo una lingüística de la dinamicidad que los conceptos a que nos referimos –sincronía y diacronía– obstaculizan.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to call the attention on some saussurians concepts from which it comes making use of no critic and no reflexive form and that by the same can involve certain dangers. A linguistic one of the dynamism is postulated at the same time that the concepts to that we talked about (synchrony and diacrony) hinder.

Pocos conceptos tan complejos, tan profundos, tan controvertidos, tan ricos como el de historia. Y pocos que tan a menudo sean objeto de un uso tan trivial, tan pedestre. En lingüística uso trivial y degradante del concepto de historia es la tan frecuente equiparación de historia y diacronía. Y no sólo en la lingüística, también fuera de ella se encuentra por doquier esta confusión. Por esa avidez siempre acuciante de nombres nuevos son muchos los que sustituyen, sin más, sin otro propósito que la novedad y la pretensión de modernidad, el término historia por el de diacronía, histórico por diacrónico. Pero el término saussuriano de diacronía no hubiera sido creado si sólo se tratara de poner en circulación cierta palabra que sustituyera a otra, ni siquiera por el mero juego analógico con sincronía. En Saussure sincronía y diacronía tienen un sentido técnico muy preciso. Podrán objetarse muchas cosas a estos conceptos, pero nunca podrá decirse que Saussure confundiera historia con diacronía. Sincronía es simultaneidad. Diacronía sucesión en el tiempo. En realidad diacronía es un concepto pobre, altamente específico y por ello pobre: mero conjunto sucesivo de cambios. Decir sincrónico y diacrónico es decir simultáneo y sucesivo: nada más. Historia, en cambio, es mucho más que sucesión. Exposición diacrónica no es sino una lista sucesiva de fechas y de cambios. Un inventario de lo sucesivo, una cronología. La filosofía de la historia, la teoría historiográfica moderna, sobre pocos puntos ha insistido tanto como sobre este del despropósito de confundir historia con crónica o cronología. Pues la historiografía se constituye como tal ciencia sólo cuando supera conscientemente ese estadio. Pues el fin supremo de la ciencia histórica no es meramente saber qué es lo que realmente pasó y en qué orden cronológico. Eso es sólo su primera tarea, la fase de recolección del material, que implica por cierto ya otra cosa más compleja, donde entran otras facultades más altas y profundas que las meramente descriptivas y ordenadoras: la facultad selectiva, intuitiva por excelencia, y valorativa. La verdadera investigación y la exposición histórica tienen otra dimensión. Desde luego la ciencia histórica ha de investigar y exponer los cambios. Pero no todos los cambios sucesivos interesan a la historia, no todos le importan por igual ni tienen el mismo rango. Frente a la indeliberada evolución de la realidad natural, la historia es algo más que evolución: pues la evolución natural acontece sin fin ni propósito,

sin libertad, siendo la naturaleza el objeto, no el sujeto de su propia evolución. Historia es algo más que evolución porque se trata de cambios en que el objeto es sujeto a un tiempo, y sujeto histórico, que quiere decir libre y creador. En el concepto de historia van implicadas la libertad y la creatividad, así como la diversidad, que es un resultado de la acción libre de los hombres. Ahora que la diversidad cultural, por las circunstancias que todos sabemos y vivimos, está sobre el tapete de manera tan acuciante, convendría reparar en ese carácter suyo no sólo de riqueza y variedad, sino sobre todo de producto inevitable y necesario de la libertad creativa del hombre. Y por ello, por ser libres, los productos de la libertad son responsables: lo que quiere decir que no todo vale.

La historia es el terreno del humanismo, si no nos limitamos a entender por historia la historia política –como lamentablemente tantas veces se hace desde la escuela elemental a la universidad–, historia es la disciplina central de las humanidades: humanidades e historia son lo mismo. Historia implica humanismo, lo humano en su mayor enjundia y complejidad y en su más alta temperatura. Nada de esto vamos a encontrar en gentes como los gramáticos o los lógicos, como no lo vamos a encontrar en los matemáticos. A pesar del historicismo y de la historificación de la conciencia por obra de Hegel y de Cassirer, entre otros. Así gramáticos y lógicos van a ser el ejemplo por excelencia de lo que es una posición al margen del humanismo, cuando no declaradamente antihumanista. Amantes de formas y de fórmulas, esquemas y estructuras, orbes abstractos de cristalino y nítido contorno, donde juegan un juego encantador con entidades asépticas, tanto más seductor cuanto más aséptico, lejos del barro y la sangre de la vida, es decir, de la historia. No les faltaba razón a Sartre y los marxistas cuando censuraban acremente el estructuralismo y lo tildaban de movimiento “burgués”. Aunque se origina en los años veinte el estructuralismo, va a haber un momento de estallido, de éxito casi popular a partir de los cincuenta. Era lógico que una parte de la intelectualidad huyendo de los horrores de la guerra reciente no quisiera saber nada del hombre y de la vida, de la historia, y era fantástico poder recluirse con un juguete de tan excelsas virtudes seductoras. Juego peligroso, no obstante, que acabó con la abolición del hombre disuelto en mero nudo en redes de relaciones, lo que hubo de llevar al fin a la angustia de un pensamiento tan desesperado como el de Foucault.

Saussure llega a la lingüística tras largas décadas de historicismo. Toda su formación y su labor de lingüista histórico-comparativo será enfocada ya desde los conceptos que luego ha de desarrollar en su trabajo de lingüística general. Se podría pues hablar en el sentido que estamos dando a la palabra, del “antihumanismo saussuriano”, aunque la expresión suene demasiado fuerte, y si no, al menos de su posición al margen del humanismo y de la historia, como buen formalista. Los méritos de Saussure son extraordinarios e innumerables. Pero se va haciendo hora del balance, a casi un siglo de la publicación del *Curso de lingüística general*, y no por ninguna aversión a la persona o a la obra del ginebrino, sino porque han quedado enquistados ciertas posiciones y ciertos prejuicios –en los ámbitos escolares y académicos– altamente dañinos y no tanto por su falsedad como por su poder de cerrar el paso a otras ideas de más enjundia, de más contenido humanista, no por ciertas ideas de última hora, pues muchas ya están claramente en generaciones lejanas, singularmente en la generación y en las personas de Herder y de Humboldt. Y estas posiciones no son atribuibles enteramente a Saussure, pues se trata de posiciones corrientes, acompañantes seculares de la gramática: solo que en Saussure tales posiciones son llevadas al plano teórico, son justificadas. En muchos sentidos, en muchas parcelas, el trabajo saussuriano no es sino una fundamentación de la gramática tradicional. Y un perfeccionamiento. Saussure, en efecto, da fundamento teórico y lleva a su límite de máxima perfección la gramática tradicional en lo que esta tenía de ciencia descriptiva, pues tenía mucho más de lo que se suele creer cuando se la tilda de simple disciplina normativa o prescriptiva. Y además le otorga un estatuto sin igual en el conjunto de los saberes sobre el lenguaje e incluso en la totalidad del saber.

En este pequeño ensayo vamos a referirnos a un único aspecto: el de la dinamicidad del lenguaje y su ausencia en Saussure como en toda la gramática. La falta de dinamicidad se revela en el ginebrino especialmente en su concepto de sincronía y de diacronía. Como es sabido sincronía y diacronía no sólo son aspectos distintos y contrapuestos, sino que constituyen también realidades divorciadas. Ocurre de manera semejante con las demás dicotomías saussurianas. En este caso el término “dicotomía” es francamente acertado. Pues no es sólo que los conceptos saussurianos

se den emparejados: es que los términos de las parejas conceptuales se contraponen, lo que sería una dualidad, y aún más, los contrapuestos se divorcian, se dividen, de ahí el acierto del “dicotomía”. A veces en Saussure uno de sus ejemplos o comparaciones es más revelador que muchos largos párrafos. En este caso no puede haber mejor ejemplo que el de los jugadores de ajedrez que abandonan la partida¹. Otros, que no han asistido al juego, pueden encontrarla en la situación en que fue abandonada, y pueden continuarla a la perfección. Por un lado la situación con la que se encuentran los nuevos jugadores en el tablero es un resultado de los movimientos sucesivos de los que iniciaron el juego, es un resultado “histórico”. Mas por otro lado los avatares anteriores, la sucesión de anteriores jugadas para nada importa a los que vienen a incorporarse. El pasado ha producido el presente. Pero el presente, una vez producido, no necesita ya del pasado para ser, para funcionar, para proyectarse al futuro. El presente se desliga del pasado. La sincronía de la diacronía. Así momento sincrónico, estado de lengua, significa estado de cosas en tanto que poseído por el hablante en una posesión que le hace efectivo y competente hablante. Y describir un estado de lengua es describir ese saber actual del hablante, un hablante que no sabe y en absoluto necesita saber nada del pasado de su lengua para hablarla correctamente, para ser un hablante competente, un hablante tipo. El razonamiento parece impecable, difícil de rebatir, y sin embargo algo se rebela en nosotros contra él, pues implica una manera de ver, una auténtica posición filosófica, realmente inaceptable, ni por sí misma y aun menos por las graves consecuencias que se derivan. Es verdaderamente una posición de aspecto bárbaro. ¿Es, en efecto, civilizado aceptar que el pasado muere enteramente en el presente, una vez que ha dado lugar al presente? ¿No es esta una concepción del tiempo y el devenir fieramente mecanicista y simplista? Las mejores teorías de la historia, las más profundas y sustanciales, y junto a ellas diversas filosofías antipositivistas como la Bergson, vienen batallando desde hace mucho por la salvación del pasado. Solo en la realidad exterior de lo mecánico —¿y aun en eso?—, dice Bergson, se puede pensar en esa simplicidad de momentos temporales en que cada uno desaparece para dejar el terreno libre al siguiente: el pasado se anula totalmente en un presente que será reducido a nada por el futuro. Pero en lo que ostenta una realidad interna,

en lo orgánico y vital, y más aún en lo propiamente humano, en la cultura y la historia, hay otra cosa, otro principio, que es la *durée*, la duración², en cuya virtud el pasado se conserva en el presente, el presente esta preñado de pasado, el pasado vive en el presente –cierto que de otro modo que cuando fue él mismo efectivo presente– y da vida al presente. En qué modos, en qué formas, en qué cuantía, es lo que ha de resolver el historiador. Para nada nos importaría el pasado ni la historia ni la historiografía si este fuera total y cabalmente pasado. La ciencia histórica quedaría reducida a un pasatiempo de frívola curiosidad y el saber histórico sería un mero adorno de las personas y las colectividades. Este principio, que podríamos denominar “principio de la integración del pasado en el presente”, ha de tener, por supuesto, su lugar y su aplicación en lingüística, y ver a esa luz la historia de las lenguas y cada uno de sus momentos sincrónicos. Y es el principio que da sentido pleno y plena justificación a la historiografía y a todas la ciencias humanas. Sin la observancia de este principio se derrumba el edificio del humanismo y se abre paso a la barbarie en la cultura, en la ciencia y en la educación.

El conocimiento histórico no es de ninguna manera un conjunto de curiosidades que no nos afectara en el centro mismo de nuestro ser. Pero hay al menos dos maneras de entender el conocimiento histórico, que son las mismas que corresponden a cualquiera de las cosas humanas: hay un saber histórico intuitivo, inmediato y hay un conocimiento histórico reflexivo y discursivo. Exactamente igual de lo que ocurre con el sistema de la lengua y es reconocido sin objeciones por los lingüistas y especialmente por los estructuralistas. Conocimiento histórico discursivo es el producido por los historiadores en su trabajo y en sus investigaciones historiográficas y que los no historiadores pueden aprender en mayor o menor medida. Conocimiento histórico intuitivo es el saber histórico que se sabe por el hecho de conocer el presente, pues conocer el presente implica conocer el pasado inserto en él, que es parte suya. No es otra la misión de las ciencias humanas, como se ha dicho con acertada frase: que hacen saber al hombre lo que ya sabe. Le hacen saber reflexivamente lo que ya intuye. Y la lingüística, especialmente la estructural, reconoce como su tarea primordial hacer discursivo el saber de la lengua que intuitivamente posee el hablante. Pues el hablante sí sabe el pasado de la de la lengua,

pues al saber el presente sabe el pasado porque el pasado de la lengua no está anulado por el presente, ni separado de él, sino incorporado a él, el presente integra y no anula el pasado. El presente no es nunca mero presente.

En este sentido se podría hablar de varios tipos de saberes acerca de la lengua, pues no hay una sola forma de saber la lengua. La lengua es poseída de maneras muy diversas por los hablantes, cualitativa y cuantitativamente. ¿A qué se llama entonces competencia? A lo que es común a todos los hablantes, desde el más ilustrado hasta el más elemental. Los elementos que forman parte de este conocimiento común, básico y suficiente constituirían el núcleo fundamental de la lengua, su verdadera esencia, serían realmente la lengua. Todo lo demás, lo que va más allá de eso y ya no es tan común ni compartido por todos, ostentaría una fundamental importancia cultural, pero sería de naturaleza externa, aledaño y no barrio central, estaría fuera de las líneas básicas y primordiales del sistema: lo cultural, el *plus* de saber lingüístico que adquirimos en la escuela, en la enseñanza superior, en la observación reflexiva, en la práctica del hablar y el escribir cuidadosa y amorosamente, sería mero adorno culturalista. No se entiende cómo se puede sostener con tales premisas que el crecimiento en el conocimiento de la lengua y en la destreza del hablar supone un crecimiento en humanidad de la persona y las colectividades. Más bien, en esa manera de ver, lo que proporcionaría ese conocimiento lingüístico cultural no pasaría de ser un adorno de la persona, nunca algo que le afectara en el núcleo mismo de su humanidad. La justificación para el estudio escolar de la propia lengua sería muy corta: no pasaría del plano instrumental y ornamental.

Cabe sostener, por ejemplo, que se puede ejercer a la perfección la abogacía o la medicina sin conocer nada de la historia del derecho o de la medicina: es suficiente con conocer el sistema legal presente y la medicina del momento. Un buen abogado o un buen médico serían aquellos que poseyeran un buen conocimiento del estado legal vigente hoy día y del desarrollo actual de la medicina, como un buen jugador es aquel que sabe hacer sus planes a partir de cualquier momento de juego. Esto es lo que podríamos llamar “saber instrumental”. Para el saber instrumental el conocimiento histórico es inessential, incluso impertinente: la consideración

de datos del pasado puede incluso crear confusión en la captación de la situación actual. Pero hay otras dimensiones en el ejercicio de la abogacía o de la medicina, como las hay en el ejercicio del hablar —o del escribir, que es sustancialmente lo mismo—. Y estas dimensiones son más altas y más nobles. No es fácil determinar si el saber que posibilita esas dimensiones es indiferente para el mero ejercicio instrumental, o si por el contrario lo mejora, ya que no vamos a pensar que lo perjudique. Pero ¿hay que aceptar sin más que el saber instrumental incluso desde su propio punto de vista no las necesita en absoluto? Así, por ejemplo, cabe sostener que el saber acerca del pasado de la lengua, el conocimiento de estados pasados a consecuencia de haber oído a gente mayor o haber leído obras pretéritas o haber indagado la etimología no es un saber superficial o culturalista que deje de influir en el hablar de un hablante en cuanto hablante.

El saber instrumental es un saber plano, logicista, antihumanista —es decir, ajeno a la enjundia de la vida humana—, carente de grosor, carente de sustancia. En la lengua el saber instrumental intuitivo puro —el saber que constituye la lengua, que se identifica con ella, el que hay que describir— sería logicismo puro, esquematismo y mecanicismo. Pura mecánica, pura lógica de las relaciones presentes, puro y plano, unilateralidad laminada sin fondo ni profundidad, sin grosor ni densidad, realidad desustanciada.

Una situación de partida de ajedrez —por seguir con el ejemplo de Saussure— cobra vida, se vivifica, se llena de espíritu e inteligencia, de emoción, cuando se la conoce como resultado de una historia. La falta de este conocimiento, la convierte en algo muerto, en mera relación lógica sin trasfondo. El jugador que se incorpora a una partida pero que está informado de su historia no sólo puede jugar en términos lógicos, sino que también vive la partida en otra dimensión, vital y personal, en la prolongación de un sentido: se adhiere y prolonga el juego de otro o decide emprender otro camino, fundiendo así su vida y su persona con el otro que es el pasado. Que sea o no sea conocida la historia de la partida están en la relación de lo que es vital con lo que es meramente lógico. Son dimensiones muy diferentes del juego.

De la misma manera el hablar no es unidimensional ni se da en un sólo grado: no todo hablar es igual: las actividades humanas por esencia

se realizan mejor o peor, constituyen un relativo éxito o un relativo fracaso, en una ilimitada escala gradual. El hablar es más bello o menos bello –y hay muchas clases de belleza–, más o menos intenso, más tenso o más relajado, más o menos riguroso, preciso y claro, o vago y oscuro. El hablar es más o menos emotivo, más o menos frío o descarnado y más o menos denso en encarnadura, más o menos empapado de humanidad, que es historia, en suma más o menos denso o más o menos plano, pobremente reducido a una sola capa o rico en capas y adherencias. Y esa riqueza depende de muchas cosas: entre otras del saber que se haya interiorizado acerca de lo histórico de la lengua, que es el pasado y la diversidad presente. Se ha dicho que el poeta vive de otra manera más intensa las palabras, que las reinventa y las hace renacer, que las usa de manera virginal, como si fuese la primera vez que se usasen. Es verdad, es verdad. Sin embargo, el poeta no es adánico: es tanto más nuevo y virginal cuanto más lleva sobre sus hombros e incorporadas a su carne las tradiciones. Y a un tiempo cuanto más puede iluminarlas con la luz de su inteligencia pues es entonces cuando más libre se encuentra frente a ellas y entre ellas para hacer de ellas lo que quiera. Esa libertad es esa virginidad.

Pero las palabras, y el sonido de sus significantes, y la idea de sus significados no son meros esquemas materiales y lógicos. Antes bien son espíritu en todos sus aspectos. El sonido es el que ha venido siendo degustado, manoseado, trabajado por las generaciones hasta dar en lo que es hoy. Y la idea es una auténtica concreción, en sentido geológico, por usar esta imagen: acumulación de partículas unidas para formar masas rocosas. Las ideas, las sensaciones, las vivencias de las sucesivas generaciones se han ido acumulando para formar el significado de los signos: y ahí está todo eso, en cada palabra, bien vivo para quien es sensible y sabe vivirlo: todo eso múltiple y diverso formando una sola cosa unitaria, una auténtica forma semántica: algo a la vez inteligible y sensible, que a un tiempo nos llega por la inteligencia y por los sentidos, por la cabeza y por el corazón. En este sentido se ha comparado algunas veces la lengua con un fósil (Max Müller). El lenguaje, es decir, la lengua, sería experiencia fosilizada. Pero un fósil es una huella de vida de otro tiempo. Su valor está en ese ser huella de vida, en remontarnos a momentos pasados de la vida, pero en sí mismo un fósil es cosa muerta, petrificada. En la lengua esta

contenido el pasado vivido, la vida pasada, pero no es muerte porque la vida del pasado, los conceptos-vivencia del pasado se actualizan en el presente, reviven realmente, son de ayer y a la vez de hoy. No experiencia fosilizada, sino experiencia formalizada en formas vitales, es decir, en formas, sí, mas diferentes de las de los formalistas.

Y estas dimensiones superiores a las que aludíamos no son exteriores, no son inesenciales. Privilegiar el lado instrumental del objeto es hacer ciencia instrumental, supone una baja concepción de la ciencia. Identificar el sistema con lo instrumental —que es tener una pobre idea del sistema—, dar a ese sistema de la lengua el primer y casi exclusivo plano en la totalidad de lo lingüístico, implica una mezquina concepción del lenguaje y con ello del hombre. Ostentando un aspecto puramente científico-co-objetivo las ciencias contienen grandes partes de subjetividad, de opinión, de doctrina, de ideología. Bajo un buscado y exhibido aspecto aséptico, las ciencias ocultan grandes porciones de valoración. Es labor de la crítica señalar estos amplios lugares. ¿Por qué lo esencial en el lenguaje ha de ser el sistema, el estado sincrónico de cosas sistemáticamente relacionadas, el núcleo instrumental del hablar, el puro presente empírico con abstracción de todo lo demás, como el propio pasado? No se trata de negar la real importancia que ello tiene, pero darle el lugar central sería como dar en el conjunto de todo lo humano el lugar central a un órgano corporal, como el corazón o lo pulmones. Es el error de pensar que lo básico es lo fundamental cuando es solo lo elemental, es el grave error de elevar a suficiente la condición que es sólo necesaria. Si la única o la suprema aspiración de la lingüística es la descripción de este conocimiento instrumental del hablante que es la sincronía, la historia de la lengua sobra. Mas esa, con ser necesaria e importante, no debe ser la única aspiración de la lingüística. Ni —mucho cuidado— la suprema, pues ello convertiría en subalterna a toda otra aspiración.

Así pues, si tal vez no el concepto mismo de sincronía o sistema sincrónico, sí es seguro que el lugar que se le ha dado a la realidad sincrónica en el todo del lenguaje y el papel que se le ha otorgado a la lingüística sincrónica en el seno de toda la lingüística, ha contribuido a crear una idea mecanicista y unilateral del lenguaje: una pobre idea del lenguaje. Ya vio todos estos peligros Amado Alonso cuando dijo en el prólogo al *Curso de*

lingüística general que “la lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aún, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano”. Claro está que esta pobre idea no es exclusiva del estructuralismo: en todos los otros tipos de positivimos se encuentra por igual. Pero ¿qué no es positivismo en la lingüística del siglo XX?

Refiriéndose a la distinción saussuriana entre sincronía y diacronía, dice Ortega: “Pero esta distinción es utópica e insuficiente. Utópica, porque el cuerpo de una lengua no está quieto ni un instante, no se da en ella, estrictamente un sincronismo de todos sus componentes, pero, además, porque el diacronismo no hace sino reconstruir otros relativos ‘presentes’ de la lengua según existieron en el pasado. Nos hace ver, pues, tan solo cambios, nos hace asistir a la sustitución de un presente por otro presente, a la sucesión de figuras estáticas del lenguaje, como el film con imágenes quietas engendra la ficción visual del movimiento. En el mejor caso nos proporciona esto una visión *cinemática* del lenguaje, pero no una comprensión *dinámica* en que se nos hiciese inteligible el hacerse mismo de los cambios. Los cambios son sólo resultados del hacerse y deshacerse, son lo externo del lenguaje, y cabe postular una concepción interna de él, en el que descubrimos, no formas resultantes, sino las fuerzas mismas operantes”³.

“El diacronismo no hace sino reconstruir otros relativos ‘presentes’”, dice Ortega. Lo que significa que la diacronía se resuelve a la postre en sincronía, no hay más que sincronía, estatismo. De la multiplicación de los estados sincrónicos no sale la historia, sólo una diacronía resuelta en sincronía multiplicada, una diacronía enteramente estática. Por eso postula Ortega: “Una comprensión *dinámica* en que se nos hiciese inteligible el hacerse mismo de los cambios”. Aquí está la cuestión con toda exactitud formulada. No meros resultados del hacerse y deshacerse, sino las fuerzas mismas operantes.

Cierto que no podemos sin más prescindir del concepto de sincronía. Para una idea dinámica del lenguaje, para una teoría de la dinamicidad nos es imprescindible el concepto de “momento de estabilidad”. No hay

movimiento sin sujeto⁴, sin algo que se mueva, no hay cambio sin algo que cambie. Algo a lo que atribuir el cambio. Mientras los cambios son atribuibles a un mismo sujeto se produce un momento de estabilidad. Los cambios no alteran la identidad, la mismidad del sujeto que cambia. Diríamos entonces que los cambios son internos, el movimiento es interno, pero en su interno movimiento el sujeto se mantiene en un cierto equilibrio de fuerzas. Hay en verdad movimiento, hay cierto equilibrio, pero equilibrio tenso, dinámico, las fuerzas siguen operando, siguen provocando mutaciones: no en suficiente grado como para que se altere un cierto equilibrio básico, empírico, y se dé lugar a algo que reconozcamos como una nueva realidad. Mientras ello ocurre tenemos un momento de estabilidad. La estabilidad sin embargo no es estática. Esto, que parece una paradoja, es sin duda una auténtica realidad, porque es algo de todas partes evidente, y de tal importancia que merece ser elevado al rango de los principios: es el “principio del carácter dinámico de la estabilidad”⁵. En lingüística, principio del carácter dinámico de la sincronía. Es en virtud de este momento de estabilidad que podemos hablar del español del siglo XVI o del siglo XXI. Del latín o del español como lenguas distintas. Pero si la sincronía no fuera a un tiempo dinámica no cabría el paso de un estado de lengua a otro. Sería una sincronía muerta, que es lo que ocurre con el concepto estructuralista al igual que con la diacronía, que es una sucesión sin vida, muerta, mera cinemática sin dinámica. Mientras se mantiene la vida en un organismo, y a lo largo de toda esa vida lo que hay desde cierto punto de vista es un momento de estabilidad. Vida es estabilidad, permanencia en la vida. Pero esta estabilidad vital, este equilibrio no es estatisimo, implica una interna actividad, una continua mutación. Es decir, no solo actividad, sino actividad que no deja las cosas como estaban. Pero una actividad que no altera el equilibrio de la estabilidad. Cuando el individuo muere entonces se produce una mutación de otro tipo, de otro nivel, pues entonces se altera la estabilidad, se pasa a otro momento. Esta concepción garantiza la continuidad, la ausencia de saltos. Concibe dos niveles de actividad mutante. La que se produce en el nivel más bajo mientras no se altera el que está sobre ella (actividad, movimiento, cambio, dinamismo en equilibrio). Y hay un nivel más alto: el que se ve perturbado: movimiento desequilibrante: mutación de nivel más alto. Para que haya

vida hace falta estabilidad, equilibrio. Para que sea posible el entendimiento entre los hablantes hace falta estabilidad, estado de lengua. En la lengua las mutaciones son dentro de la estabilidad. El desequilibrio que conduce a otro estado de lengua no es percibido por los hablantes. Por estos lo que es percibido es la actividad de nivel más bajo. Solo si un individuo de anteriores generaciones volviera a la vida percibiría el desequilibrio. La escritura, con su persistencia, sí tiene la propiedad revolucionaria de hacernos percibir el desequilibrio al permitirnos asistir a otros momentos de estabilidad distintos del nuestro.

De manera que frente a una sincronía y una diacronía divorciadas y totalmente ajenas en que cada presente, cada sincronía, una vez producido por el pasado se desentiende enteramente de él, hay que postular una concepción histórica en que cada momento pasado se integra –en diversas formas y grados– en el que le sigue (“principio de integración del pasado en el presente”). Y frente a una sincronía estática y una diacronía igualmente estática porque no es sino la multiplicación sucesiva de estados muertos, una concepción dinámica en que la sincronía es –por paradójico que pueda parecer– ella misma dinámica, constituida no por puras formas inertes sino por fuerzas, formas-fuerza en permanente tensión, en equilibrio tenso (“principio del carácter dinámico de la sincronía”), que son las que acaban dando origen a los desequilibrios que consideramos verdaderas mutaciones diacrónicas: la diacronía se convertiría así también en dinámica, que es lo que cabe lógicamente esperar de ella, es decir, en verdadera historia.

Una auténtica teoría de la dinamicidad en el lenguaje está por hacer. El día que se dé algún paso cierto en esa dirección se habrá tomado en serio por fin la afirmación humboldtiana acerca de que la verdadera esencia del lenguaje no es ser *ἔργον* sino *ενέργεια*. En este breve ensayo nosotros no podemos sino ofrecer unas pocas notas y ejemplos, con los que terminaremos.

Si en serio queremos plantear una teoría del lenguaje como actividad, como *ενέργεια* y no como *ἔργον*, entonces necesitamos toda una teoría dinámica general, necesitamos conceptos dinámicos, de dinámica general, de los que carecemos, de los que la lingüística padece una asombrosa carencia. Lo primero podría ser hacer nuestra a fondo la distinción

orteguiana entre cinemática y dinámica y laborar por una lingüística histórica que “nos hiciese inteligible el hacerse mismo de los cambios”, que no se limitara a “meros resultados del hacerse y deshacerse”, sino que trabajara por descubrir “las fuerzas mismas operantes”. Y por una lingüística sincrónica, que nos hiciera ver las formas lingüísticas sincrónicas como formas-fuerzas en equilibrio tenso. Y a un tiempo una teoría del hablar, una concepción del lenguaje que identificara lenguaje y hablar, para que no se antepusiera la cosa al acto, el ἔργον a la ἐνέργεια, y que viera en el lenguaje fundamentalmente actividad, como la obra esencial y originaria del hombre: acción lingüística, acción de hablar, o hablar sin más.

Habría que discutir y perfilar mejor el concepto de dinámica. Tal vez se hiciera algo si se la contraponen al de mecánica. La mecánica es la dinámica preestablecida, automática, la de lo previsible o al menos relativamente previsible. Por eso los teóricos modernos de la ciencia natural le asignan como tarea fundamental la predicción. La mecánica no es creativa. La dinámica sí lo es: engendra realidades que son producto de la libertad, y por ello impredecibles. Pero cabe considerar al menos dos dinámicas: la dinámica interna: que no crea novedades formales, nuevas formas, donde sólo el individuo es nuevo, no la forma ni el tipo. Es la dinámica cíclica, o interna, o del individuo. En su virtud todo individuo nace, crece, madura, envejece y muere. Es una transformación. Es lo que podríamos llamar “dinámica ontogénica” (o actividad ontogénica o inmanente o interna), es la dinámica del uso de la lengua, la dinámica creadora de la frase, del texto, de la génesis del texto. No crea, mejor, no acaba de crear novedades formales para la lengua. Cuando llega a ese punto ya es dinámica filogénica. Esta dinámica tiene su propia lógica, mejor: su propia dialéctica, pues dialéctica es lógica de lo dinámico como la lógica formal lo es de la estática. Es la dialéctica de la ontogenia. Crea lo que no hay a partir de lo que hay, es una dinámica cíclica y reversible: sus procedimientos fundamentales son: la combinatoria, la metábasis y el simbolismo. Lo fundamental de la combinatoria es la sintaxis, sea entre palabras, entre sintagmas o se dé en el interior de la palabra misma (la morfología tradicional). La metábasis logra lo que no hay a partir de lo que hay no por combinatoria de lo que hay sino por su transformación interna, se basa en el carácter proteico de la lengua, en el carácter reversible y proteico de las entidades

formales de la lengua en virtud de su ductilidad. Metábasis es, por ejemplo, la creación de un nombre propio a partir de un nombre común, o de un sintagma hecho de un nombre común (*El Corte Inglés*), o a la inversa, de un nombre común a partir de un nombre propio (*crisiano, aznaridad*). Y la actividad simbólica o metafórica, por fin, logra sentidos nuevos que luego tal vez se conviertan en nuevos significados ergonpero ello ya sería dinámica filogénica, auténtico cambio lingüísticoergon: todo nombrar es metafórico, mas no en el mismo grado. Hay una alta intensidad expresiva, altamente simbólica o metafórica, que presenta un mundo altamente perfilado, altamente significativo, lleno de luz, lleno de sentido y de carácter emocional. La baja intensidad expresiva, por el contrario, ofrece un paisaje de escasos resaltes, de penumbra, de afectividad neutra. Aquí usamos el término “símbolo” en el mismo sentido que Saussure: “le symbole a pour caractère de n’être jamais tout à fait arbitraire; *il n’est pas vide*, il y a un rudiment de lien naturel entre le signifiant et le signifié”⁶. No está vacío, la relación simbólica no es vacía como la puramente signica. Piénsese en la relación entre el significado y el significante en un signo corriente: mesa. Entre “mesa” significante y ‘mesa’ significado no hay nada significativo, si se nos permite jugar con las palabras. En cambio hay siempre algo significativo en un término onomatopéyico, de ahí su gracia. Y la relación entre el signo o el significado y la cosa designada es siempre simbólica: ha de haber alguna relación entre la el significado ‘silla’ y la cosa que nombro con esa idea. Por eso se dice que todo nombrar es metáfora. Pero la metáfora, el simbolismo, es de mayor grado cuando la relación entre el significado y la cosa es menos puramente objetual, cuando el juicio de adecuación anexo a todo nombrar así nos lo dice: que es un nombrar objetualmente inadecuado, es decir, una metáfora: no hay metáfora sin conciencia de ella. El simbolismo de todo nombrar y sobre todo del nombrar que la retórica llamaría no recto, sino figurado, es creador de nuevas relaciones y de nuevas nociones. En el término “ordenador” no hay como forma semántica pura nada que se refiera a un aparato informático. Pero con dicho término se ha designado desde determinado momento a los ordenadores. Entre la palabra “ordenador” y ellos se estableció una relación simbólica que luego resultó duradera. La relación simbólica ha dado lugar a una acepción. Cuando la acepción se convierta en

forma semántica, en significado –tal vez ya ha ocurrido–, invadiendo el terreno y desplazando al significado anterior, entonces se habrá producido un cambio semántico, un cambio lingüístico, pero entonces estaremos ya en el ámbito de la filogenia: de la dinámica engendradora de las formas lingüísticas, de la lengua, no del habla, por decirlo en términos saussurianos.

Y hay también una dinámica filogénica, o evolución o cambio lingüístico. Es la dinámica de Ortega (frente a la cinemática). Es la dinámica que genera, que crea y recrea la lengua, la que la hace evolucionar. Esta dinámica tiene su propia dialéctica. La dialéctica de la filogenia. Un ejemplo que enlaza con lo que acabamos de comentar: la dialéctica entre la forma y la sustancia que es el simbolismo en el designar cuando acaba produciendo un cambio filogénico. En español las formaciones con aumentativos y diminutivos son fértiles en casos como estos. ¿Quién se acuerda hoy de la relación entre “camisón” y “camisa”, entre “bombilla” y “bomba”? Determinada palabra, como se acaba de decir, es usada habitualmente para la designación de determinada realidad, se convierte en denominación de dicha realidad. Entre la palabra y la realidad hay en principio una relación simbólica, pero la idea de esa realidad acaba imponiéndose, pasando de acepción a significado. En ese momento la relación entre “bombilla” como significante y la idea de ‘bombilla’ ya no es una relación simbólica sino meramente signica, es decir, vacía. También los participios españoles entran con frecuencia en esta dinámica. Así en “helado” no habría de esperarse nada relativo a lo dulce, más la denominación de un dulce helado ha dado origen a un nuevo significado que ya es sustantivo y no adjetivo y no es el de un verdadero participio, y que convive con el participio. Lo mismo en “aplicado” (ajeno en principio a la idea de estu-dioso), o tostada (participio femenino de *tostar*, *a priori* ajeno a la idea de rebanada de pan), por poner un par de ejemplos más. De la misma forma en el nombre propio hay una dinámica que lleva del nombre común al propio transparente, del transparente al opaco, de estos de nuevo al nombre común, o al verbo, el adverbio, el adjetivo, a la vez que de estos se puede sacar un nuevo nombre propio transparente. De castillo (común) a Castilla (propio), transparente en sus orígenes, luego opaco. De Castilla a castellano, nombre común, y castellanizar, castellanamente. Y de aquí de nuevo al propio transparente como ocurre en el apellido Castellano.

Un último ejemplo, el del género, sujeto también en español a una dinámica filogénica. Se detecta una clara tendencia –clara aunque no frecuente– en castellano a la extensión del morfema genérico más allá de los nombres y adjetivos que los poseen. Así el llamado participio de presente, carente de género, lo toma en ocasiones: regenta, comandanta, gobernanta, dependienta, sirvienta. Todavía no estudianta, ni amanta. Pero sí modernamente, fuera ya de los participios, médica, jueza, etc. Pero a un tiempo el género se pierde cada vez que un adjetivo con dos géneros se sustantiva en uno de ellos: helado, como sustantivo que significa un dulce, o entrada, como boleto que se compra para entrar a un espectáculo, no tienen ya variación genérica.

Son ejemplos, pues, de cómo en una lengua, incluso sincrónicamente considerada, sus formas están en permanente tensión. Aquí hemos señalado algunos casos en que en esa tensión, en ese vaivén, pueden detectarse vías por las que discurre el cambio, ya sea ontogénico o filogénico, pues entre ambos tampoco hay una clara solución de continuidad. Detectar y describir esas vías, esos carriles, sería hacer gramática dinámica. Gramática sincrónica de la lengua, pero en su propio movimiento, en su propia vida, considerando sus formas no como meras formas inertes, sino como fuerzas-formas e incesante ir y venir, en incesante brega. Los estructuralistas puros son contrarios, más que contrarios, enemigos mortales –¡y hay que ver como se encrespan!–, de afirmaciones como la que se puede hacer referente al artículo español: que está a medio camino entre ser un mero morfema o un palabra independiente⁷. Y hay casos similares, tal el de la forma participial que se usa en los tiempos compuestos de los verbos españoles. Esa forma no es ya un verdadero participio porque carece de género y número, pero no llega a ser tampoco un verdadero morfema desinente: se halla a medio camino entre ambas cosas. O el de los llamados pronombres átonos que se encuentran en una circunstancia muy similar: no son verdaderas palabras ni han llegado del todo a ser desinencias, aunque se encuentren muy cerca, tanto que lo serían de no persistir la posibilidad de decir “comprélo” al lado de “lo compré”, de no variar de lugar entre las formas conjugadas y las llamadas no personales: lo compré/comprarlo, comprándolo.

Y lo que es más importante. Nos sirven también estos ejemplos para ver cómo tampoco hay dicotomía entre los dos polos que también se

divorcian radicalmente en el estructuralismo: la forma y la sustancia. Pero la forma y la sustancia, que en nuestros ejemplos es forma y sustancia semántica (aunque todo lo que se dice se puede hacer extensivo a la forma fónica), no están divorciadas, no son mundos aparte. Todo lo contrario, se hallan en estrecha relación dialéctica, relación que explica la posibilidad del cambio semántico. La forma semántica está hecha para la designación. Aunque no se confunda con la cosa designada, eso, el tender a ella es su designio y su esencia: su naturaleza es intencional, la palabra tiende a la cosa y todo hablar es hablar de algo. Palabra y cosa viven en imprescindible relación. Gracias a la palabra vemos la cosa, gracias a la palabra la concebimos simbólicamente, la configuramos, le damos ser, gracias a la palabra hay cosa. Gracias a la cosa, el significado, que no es más que una fórmula semántica abstracta, adquiere concreción, realidad y vida. La cosa se mete en la palabra igual que la palabra se mete en la cosa. Y esa incorporación en que la cosa, o su idea, se aloja en la forma semántica y puede llegar a invadirla, a ocuparla en su totalidad, es la condición de necesidad para que ocurra el cambio semántico. La realidad está penetrada, contaminada, empapada de lenguaje de la misma forma que el lenguaje está preñado de realidad. No hay realidad pura, en sí misma, al margen del lenguaje, como no hay lengua pura, en sí misma, al margen de la realidad, del ser. Ni es posible una ontología que se desentienda del lenguaje ni tampoco una lingüística que se desentienda del ser. La lingüística tiene que ser fundada allí donde el lenguaje y el ser se interpenetran, allí donde el lenguaje vive y hunde sus raíces, en el humus que le da fuerza y alimento y posibilita su sabía, el humus del ser. El lenguaje es la casa del ser no más que el ser es la casa del lenguaje.

NOTAS

- 1 *Curso de lingüística general*, 1ª Parte, cap. III, § 4.
- 2 *Durée et simultanéité*, 1922.
- 3 *El hombre y la gente*, en *Obras Completas*, VII, pág. 251, Alianza Editorial, 1983.
- 4 En el caso de la lengua el sujeto del cambio es más bien objeto, dado que no es la lengua misma, en virtud de su misma entraña y movida por ella misma la que produce los cambios, sino el hombre, el hablante el que es el verdadero sujeto de tales mutaciones y del lenguaje en su integridad.

- 5 La dinamicidad de lo estático es por su parte un principio de la lógica dialéctica, contrario al de identidad de la lógica formal.
- 6 *Curso de lingüística general*, 1ª Parte, cap. I, § 2.
- 7 Recuérdese las posiciones encontradas al respecto entre Emilio Alarcos y Lázaro Carreter.